

ZUR GESCHICHTE DER
RELIGION UND
PHILOSOPHIE IN
DEUTSCHLAND

(ENTORNO A LA HISTORIA DE LA RELIGIÓN
Y DE LA FILOSOFÍA EN ALEMANIA)
(1833), (ED. WOLFGANG HARICH, FRANKFURT 1966)

... **E**N el mismo año (1781) apareció en Königsberg, la *Crítica de la razón pura* de Immanuel Kant. Con ese libro que, por un atraso raro, se hizo generalmente conocido sólo al final de la época de los ochenta, comienza en Alemania una revolución espiritual que ofrece las más raras analogías con la revolución “material” en Francia y que debe ser apreciada, por un pensador profundo, no menos que esta última. Se desarrolla con las mismas frases, y entre ambas se da el paralelismo más notable. Por ambos lados del Rhin observamos la misma ruptura con el pasado; se le niega a la tradición toda reverencia; como aquí en Francia¹ cada derecho, así allá, en Alemania, cada pensamiento tiene que justificarse a sí mismo; y como aquí la reyecía, piedra final del viejo orden social, así cae allá el deísmo, la piedra final de viejo régimen espiritual.

¹ Heine escribió el libro en París, como una orientación para los franceses.

De esta catástrofe, del 21 de enero del deísmo, trataremos en el capítulo siguiente. Un horror peculiar y una piedad misteriosa no nos permiten hoy seguir escribiendo. Nuestro pecho está lleno de una terrible compasión—pues es el viejo Jehová mismo quien se prepara para la muerte. Lo hemos conocido muy bien, desde su cuna, en Egipto, cuando fue criado entre terneras divinas, cocodrilos, cebollas santas, ibises y gatos—lo hemos visto decir adiós a estos compañeros de su infancia y a los obeliscos y esfinges del valle patrio del Nilo y convertirse, en Palestina, en un pequeño dios—rey de un pobre pueblo de pastores, entre los cuales habitaba en un templo propio—lo hemos visto entrar en contacto con la civilización asirio-babilónica, deponer sus pasiones demasiado humanas—por lo menos ya no vomitaba tanta ira y venganza, ya no tronaba a cada instante por una bagatela—lo hemos visto emigrar hacia Roma, la capital, donde renunció a todos los prejuicios nacionales proclamando la igualdad divina de todos los pueblos, formando una oposición, con bellas frases, contra el viejo Júpiter, e intrigando tanto que finalmente asumió el poder y gobernó, desde el capitolio arriba, la urbe y el mundo, “urbem et orbem”—hemos visto cómo se espiritualizó todavía más, cómo lloriqueaba de la manera más suave y feliz, cómo se convirtió en un bienhechor del mundo, un filántropo—, pero todo eso no pudo ayudarle

¿No oís el campanillazo? ¡De rodillas!—se le traen los sacramentos a un dios moribundo

(Final del libro segundo, titulado: *De Lutero a Kant*)

.....

... Al ver que tales disparates tristes brotan de la filosofía² y se desarrollan hacia el florecimiento más dañino; al notar, en general, que la juventud alemana, sumergida en abstracciones metafísicas, ha olvidado los intereses más próximos de la época y se ha vuelto inepta para la vida práctica—entonces se hace claro que los patriotas y amigos de la libertad debían sentir un despecho justo contra la filosofía; y algunos realmente llegaron al extremo de doblar la vara de la justicia sobre ella como sobre una esgrima ficticia e inútil.

No seremos tan imprudentes como para refutar seriamente a esos descontentos. La filosofía alemana es un asunto importante

² Se refiere a Görres y Steffens como representantes negativos de la filosofía de la naturaleza fundada por Schelling.

que toca al género humano entero; sólo los últimos nietos podrán decidir sobre si hay que regañarnos o alabarnos por el hecho de haber elaborado primero nuestra filosofía y después nuestra revolución. Yo opino que un pueblo metódico como nosotros tenía que comenzar con la Reforma, podía sólo después ocuparse de la filosofía y no tenía derecho a pasar a la revolución sino después de la consumación de aquélla. Este orden me parece bastante razonable: las cabezas que la filosofía ha usado para la meditación, puede bien cortarlas después la revolución para cualquier fin—mientras que de ningún modo la filosofía podría haber usado las cabezas guillotinas por una revolución que eventualmente le hubiera precedido. Pero, ¡no tengáis miedo, vosotros los republicanos alemanes! La revolución alemana no resultará más delicada y suave por haberla precedido la crítica kantiana, el idealismo trascendental de Fichte y hasta la filosofía de la naturaleza. Por medio de esas doctrinas se han producido fuerzas revolucionarias que sólo esperan el día de prorrumpir y poder colmar el mundo de horror y admiración. Aparecerán también, en el mundo de las apariencias, kantianos a los que no les importará la piedad y que, sin misericordia, y con espada y hacha, revuelven el suelo de nuestra vida europea para extirpar hasta las últimas raíces del pasado. Entrarán en escena fichteanos armados que no se dejan domar ni por temor ni por egoísmo; pues viven en el espíritu, desafían la materia, igual que los primitivos cristianos que tampoco pudieron ser sujetados ni por martirios físicos ni por placeres carnales; aún más: tales idealistas trascendentales serían, dada la revolución social, mucho más inflexibles que los primeros cristianos ya que éstos soportaron el martirio terreno para llegar a la bienaventuranza divina, mientras que el idealista trascendental toma el martirio por mera apariencia y queda inaccesible en las trincheras del pensamiento. Pero más terribles que todo esto serían los filósofos de la naturaleza que, actuando, intervendrían en una revolución alemana y se identificarían con la misma maquinaria de la destrucción. Pues si la mano del kantiano golpea con fuerza y sin faltar porque su corazón no se conmueve por ninguna reverencia tradicional; si el fichteano desafía valientemente cualquier peligro porque éste no existe, para él, en la realidad; entonces el filósofo de la naturaleza será terrible por aliarse con las fuerzas originales de la naturaleza, por poder evocar las fuerzas demoniacas del panteísmo protogermano, por despertarse en él aquel deseo de combate, que conocemos, de los alemanes

antiguos, un deseo que no lucha ni para destruir ni para vencer, sino solamente para luchar. El cristianismo —y ese es su mérito más agradable— ha pacificado un poco aquel ardor bélico brutal, mas no pudo destruirlo; y si un día se rompe el talismán mitigante, la cruz, entonces se elevará el estrépito salvaje de los viejos combatientes, el coraje insensato de los furibundos, del cual cantan y narran tanto los poetas nórdicos. Aquel talismán es frágil y llegará el día en que se quiebre deplorablemente. Y entonces los antiguos dioses de piedra se levantarán de las ruinas olvidadas y se restregarán de los ojos el polvo de mil años, y Thor³ con el martillo gigante se levantará de un salto y destrozará las catedrales góticas! Si entonces oís el estrépito y el estruendo, tened cuidado, niños vecinos, franceses, y no os mezcléis en los asuntos que arreglamos nosotros en nuestra casa, allá en Alemania. Cuidad de no encender el fuego, de no apagarlo; os haría mal. Fácilmente podéis quemaros los dedos en las llamas. ¡No os sonriáis de mi consejo, el consejo de un soñador que os previene de los kantianos, fichteanos y filósofos de la naturaleza! No os burléis del iluso que espera, en el reino de las apariencias, la misma revolución que ha tenido lugar en el campo del espíritu! El pensamiento precede a la acción como el rayo al trueno. El trueno alemán, por cierto, es alemán, no es muy flexible, se acerca lentamente retumbando; pero se acercará, y si oís crepitar algo como nunca ha crepitado en la historia universal, entonces sabréis: El trueno alemán ha llegado, por fin, a su meta. Con ese ruido caerán del aire, muertas, las águilas, y los leones en los desiertos más remotos de Africa se irán con el rabo entre las patas para esconderse en sus cavernas de reyes. Se estrenará, en Alemania, una pieza, frente a la cual la Revolución Francesa aparecerá como un idilio ingenuo. Por el momento, sin embargo, todo está bastante tranquilo, y si de hecho uno u otro se porta algo vivazmente allá, no creáis que éstos entrarán en escena como actores reales. Son solamente los perros pequeños que dan vueltas en el anfiteatro y se muerden entre sí ladrando, hasta que suene la hora en que llegue la cuadrilla de los gladiadores que deberán luchar por su vida hasta la muerte.

Y la hora llegará. Como en las escalas de un anfiteatro, los pueblos se reunirán alrededor de Alemania para gozar de los grandes juegos de combate. Os aconsejo, franceses, que quedéis enton-

³ También "Donar", hijo del dios principal de la mitología nórdica, Odín (dios del trueno).

ces muy quietos y cuidéis no aplaudir. Fácilmente podríamos malentenderos y haceros callar bruscamente, de nuestra manera descortés; pues si antes ya pudimos superaros a veces a pesar de nuestro estado servil, ¡cuánto más lo lograríamos en la travesura del entusiasmo por la libertad! Vosotros mismos sabéis bien lo que uno puede realizar en tal estado —y ¡ya no estáis en tal estado! ¡Tened cuidado! Sólo quiero vuestro bien, por eso os digo la verdad amarga. De una Alemania liberada tenéis que temer más que de toda la Alianza Sagrada con todos sus croatas y cosacos. Pues primero: no os aman en Alemania, lo que es casi incomprendible ya que sois tan amables y os habéis esforzado tanto, durante vuestra presencia en Alemania, para gustar por lo menos a la mitad más bella del pueblo alemán. Y si bien esta mitad os amaba, se trata de aquella mitad que no porta armas y cuya amistad no os ayuda mucho. Nunca he comprendido claramente lo que tienen en contra de vosotros. Una vez, en una bodega de cerveza en Gotinga, un joven alemán antiguo (teutónico) dijo que había que tomar venganza de los franceses por Conradino de Hohenstaufen, al que habían decapitado en Nápoles.⁴ Vosotros seguramentes habéis olvidado ese asunto. Pero nosotros no olvidamos nunca nada. Ya veis que si alguna vez nos da la gana meternos con vosotros no nos faltarán en todo caso razones: por eso os aconsejo otra vez tener cuidado. Pase lo que pase en Alemania, sea que llegue al poder el príncipe de Prusia o el Doctor Wirth: ¡mantenéos armados, quedáos en vuestro puesto, los rifles en los brazos! Yo quiero vuestro bien, y simplemente me asusto al enterarme hace poco que vuestros ministros intentan desarmar a Francia.

Como sois, a pesar de vuestra época romántica actual, los clásicos por excelencia y por nacimiento, conocéis el Olimpo. Entre los dioses y diosas desnudos que allí se divierten con néctar y ambrosía, veis a una diosa que, a pesar de estar rodeada por tal alegría y diversión, lleva siempre su armadura y en la cabeza su yelmo y en la mano, su lanza: Es la diosa de la sabiduría.

[Final del tercer libro titulado *De Kant a Hegel*]

⁴ CONDE DE SUABIA, 1252-1268 el último de la dinastía de los Hohenstaufen, fue vencido y capturado por Carlos de Anjou al tratar de reconquistar el reino de Nápoles-Sicilia.